

este cuerpo encuentre sentido en su locura. ¡Yo también los recordaré siempre!

¡Dios bendiga a Cervantes!

SANCHO. ¡Y a la madre que lo parió!

DON QUIJOTE. ¡Gracias, adiós!

SANCHO. ¡Y adiós! ¡Y gracias! ¡Y adiós! ¡Y también gracias!

DON QUIJOTE. (*Ya fuera, sosteniendo las puertas*) ¡Aprisa, Sancho! ¡Alonso Cano nos espera!

SANCHO. (*A DON QUIJOTE*) ¡Sí, señor! (*A los viajeros*) ¡Y gracias! (*Se va. Vuelve*) ¡Y adiós!

Las puertas del metro que en este caso sirven de telón se cierran.

3. CUANDO VEÍAMOS GIGANTES

CARLOS ZAMARRIEGO

Alonso Quijano murió, pero Don Quijote continúa vivo; ahora mismo está en algún lugar, disfrazado de hombre de nuestro siglo, confundiendo tal vez el reflejo de un tubo de neón con el plateado resplandor de un prodigioso cometa... Si le encontráis, por favor, no os burléis de él...

Carlos Urzáiz Jiménez, *Cervantes en Yucatán.*

PERSONAJES: QUIJOTE - DULCINEA

Metro de Madrid. Entra un hombre de unos 50 años, de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro. Va vestido con un chándal poco lustroso y sujeta una bacía de barbero con unos frascos dentro. Se pasea por el vagón mientras habla.

QUIJOTE. Señores, señoras... Les pido que dirijan por unos instantes su atención sobre mi persona, para que pueda hablarles de este bálsamo asombroso. Una poción mágica capaz de curar todas las heridas del cuerpo humano. También se puede combinar con Red Bull.

Una mujer de muy buen parecer se levanta de un asiento al verle pasar.

DULCINEA. ¿Será posible lo que ven mis ojos? ¿Será verdad que por fin te he encontrado?

QUIJOTE. ¿Cuántos quiere, señora? A euro el frasco, oiga...

DULCINEA. (*Acercándose*) ¡Me refiero a ti! Pero ¿qué pasa? ¿No me reconoces? (*Cogiéndole el rostro y obligando a mirarla*) ¡Soy yo! Mírame... Aquella muchacha de pueblo por la que juraste amor eterno.

QUIJOTE. Mucho me parece eso...

DULCINEA. Aquella por la que te lanzaste a mil aventuras por los campos de La Mancha...

QUIJOTE. Sí... sí... Espera... ¿Acaso te conocí por Tinder?

DULCINEA. ¡No! Soy natural del Toboso... ¿Recuerdas? Yo era muy joven y tú... tú... (*Le echa un buen vistazo*) Oye, tú estás igual. A ti los siglos te sientan de maravilla.

QUIJOTE. ¿Y dices que yo estaba... enamorado de ti?

DULCINEA. ¡Sí! Era un amor puro y bello...

QUIJOTE. Claro, por eso no lo recuerdo...

DULCINEA. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué encantamiento sufres? ¿Por qué te empeñas en cerrar los ojos a lo que eras... a lo que eres? Te he estado buscando en las manifestaciones, en los desahucios, en cualquier lugar donde hubiera una injusticia... siempre esperando que aparecieras para deshacer entuertos. Y ya creía que habías desaparecido de verdad... Pero no, estás aquí, y aún veo en tus ojos esa chispa que te hacía cargar contra los gigantes.

QUIJOTE. (*Estalla*) ¡YA NO HAY GIGANTES!

DULCINEA. ¿Cómo?

QUIJOTE. Ya... ya no hay gigantes. ¿No lo ves? El mundo se ha olvidado de ellos. Ni siquiera hay molinos. Ya no se lucha, ya no se sueña, ya no se buscan nuevas fronteras ni reinos perdidos... ya no hay nada en lo que creer porque todo existe... La gente se sube al metro para llegar a la estación de siempre, confiando en que nada les haga variar su rutina, que nadie les hable, les toque, les cante... que nadie les cambie la vida y los lleve a conocer otras líneas, otras estaciones... No, ya no hay gigantes a los que combatir porque ya nadie les ve. También ellos han perdido.

DULCINEA. Es verdad... (*Intentando animar*) Pero tenemos *iphones*... (*Saca el móvil*) ¡Y redes sociales! Te voy a enviar una solicitud de amistad por Facebook...

QUIJOTE. Tú tampoco creías en gigantes. Tampoco creías en mí...
Fui a buscarte y no me reconociste...

DULCINEA. (*Dolida*) Lo sé... ¡Y lo siento! A veces se tarda un tiempo en aceptar la verdad en las palabras de un loco. Eso viene después, cuando te das cuenta de que el mundo necesita más caballeros andantes. (*El tren llega a la estación*). Esta no es mi parada. Tampoco la tuya. ¿Quieres que nos bajemos y busquemos gigantes... juntos?

Le coge de la mano y salen juntos en busca de aventuras. La función torna a su... Ah, no espera, que DULCINEA aún quiere decir algo...

DULCINEA. Pero me aceptas como amiga en Facebook, ¿no?

Ahora sí... FIN.

4. EL INGENIOSO PASAJERO (MONÓLOGO)

JOSÉ ANDRÉS LÓPEZ

Muy buenas y frenéticas y apasionantes y repentinas y desequilibradas e intensas e inesperadas tardes.

Vengo a deciros, a revelaros, que los molinos son gigantes. Gigantes de brazos largos, algunos de ellos de casi dos leguas.

Gigantes esperando ser batallados con nuestra audacia e ingenio; con nuestro miedo en los atardeceres y nuestras tristezas en los amaneceres; con nuestra fuerza por momentos y nuestra debilidad igual de momentánea.

Gigantes que vienen a convencernos de la idea de que son eternos. Los molinos nunca han sido simples molinos.

Si los molinos solo fuesen simples molinos; y las ciudades simples ciudades, y las personas simples personas; y los encuentros simples encuentros; y los sentimientos simples sentimientos; y las ideas simples ideas, lo más lógico sería que me bajase en la próxima parada, esperase a que este Rocinante, que no simple vagón, dejara vacías las vías y yo me arrojase a ellas esperando, plácidamente tumbado, a ser atropellado por el siguiente Rocinante, que no simple vagón.